

Entrevista con Xavier Escura Dalmau, autor de *La leyenda de Arga*

El hombre racional

El Director es un diario personal y clandestino de la etapa en la que el reportero David Jiménez sirvió como máximo teniente del periódico *El Mundo*.

El Cardenal, Los Nobles, La Digna... Los clanes y sus jefes se prodigan en las páginas, atentos a El Gran Juego de los Favores.

Poder, gloria y un ego desmedido que no cabe en el ascensor. Ese es el retrato de la redacción periodística.

Una cavernícola estampa que se corresponde con la recreación de las variopintas estaciones en la edad de los *Homo neanderthalensis*, hace muchos telediaros.

No hemos evolucionado gran cosa.

«La necesidad de protección, la necesidad de procrear, la generosidad, el altruismo, el miedo, la alegría..., los instintos de entonces, de hace cuatrocientos mil años, son nuestros instintos», reconstruye el historiador Xavier Escura Dalmau (Barcelona, 1954), un Kepler con el telescopio enfocando hacia el pasado. «Los primeros hombres también se mataban entre ellos, como ahora.»

La paradoja es que la crueldad es un rasgo del hombre racional.

Xavier ha publicado *La leyenda de Arga*, «la leyenda prehistórica de nuestros ancestros en Atapuerca».

¿Qué es Atapuerca?

«Es el lugar de Burgos con la mayor acumulación de fósiles de Europa. Los homínidos arcaicos vivían en clanes, eran nómadas, cazadores, seguían las migraciones de las manadas de bisontes.»

Hoy la carne se compra en BonÀrea.

El origen de *La leyenda...* se remonta mucho después de las frías praderas de lobos y gatos pardos con los seres humanos a cubierto en las cuevas del Montseny. Se remonta a la época en la que Xavier escribió el guion divulgativo *Vida y muerte en Atapuerca* (1999), que indaga en la paleoantropología, y que tenía que publicarse mensualmente en la revista *National Geographic*.

Años después, ese proyecto se acabó convirtiendo en una novela exhaustiva sobre las relaciones circulares y emotivas, para averiguar cómo se comportaban los antiguos bípedos.

Xavier Escura Dalmau, vecino de Sant Cugat del Vallès, cursó los cuatro primeros años de la carrera de Medicina, lo que le sirvió para avanzar en su conocimiento sobre la biología molecular: «Descubrí la composición orgánica del ser humano, y eso me ayudó a entender cómo se relaciona en sí la humanidad».

De Medicina («no estaba hecha para mí, no soportaba el dolor ajeno») saltó a Historia Contemporánea («apasionado de la realidad de la vida»), a las guerras fratricidas que desde el Neolítico –y antes– nunca nos han abandonado.

La paradoja es que la guerra es un rasgo del hombre racional.

«En la Universidad, en los años setenta, la historia se estudiaba desde un punto de vista dialéctico, y ahí estaba no solo Marx, sino Hegel con su determinismo», expone, despierto, animado por los términos científicos (*filogenética*), en guardia por si alguna novedad editorial aún le puede golpear el esternón de la curiosidad que lleva en su interior. «Somos artefactos, no somos máquinas perfectas, y tenemos muchas cosas en común con el *Homo habilis*. Nos adaptamos al medio, pero ahí influye el azar. Todo es azar. A partir de las mutaciones genéticas, ¿quién vive? ¿quién muere? Es un juego.»

La gran paradoja es que el estúpido juego, la estúpida guerra y la crueldad más estúpida son rasgos del hombre racional.

Jesús Martínez